

rrible, algo más espantoso, más abominable que el negrero? El monstruo marino que pasa bajo la quilla de su barco; el tiburón que le sigue husmeando la carne, tienen más conciencia que aquel hombre. Llega á la costa, coge su alijo, lo encierra aglomerándolo, embutiéndolo en el vientre de aquel horroroso barco, ataúd flotante de gentes vivas. Cuando un crucero le persigue, aligera su carga, arrojando la mitad al Océano. Allí los pobres negros no comen ni beben bastante, porque el sustento y la bebida es cara, y su infame raptor necesita ganancia, mucha ganancia. Bajo los chasquidos del látigo se unen los ayes de las almas con las inmundicias de los cuerpos. El negrero les muerde las carnes con la fusta, y el recuerdo de la patria ausente, la nostalgia, les muerde con el dolor los corazones.

El año 1866 un buque negrero iba perseguido por un buque crucero. Llegó á un islote, cerca de las playas cubanas, y arrojó ciento ochenta negros. El buque negrero y el crucero dejaron la isla. ¿Sabéis qué sucedió? Los pocos negros no podían poner los pies en la tierra esponjosa, no podían ni siquiera extenderse para descansar; aquella era una verdadera cruz de espinas. Todos murieron de hambre.

¿Cuál sería el espanto, Sres. Diputados, cuál sería el horror de su agonía? No tenían que comer, y para beber no tenían más que el agua del mar, no tan amarga como la cólera de los hombres. Murieron unos sobre otros. Imaginaos el dolor de los últimos

supervivientes. Quizá un hermano vió morir á su hermano; quizá un hijo á su padre; quizá ¡qué horror! un padre á su hijo. Quizá alguno mordió por hambre carne de su carne; bebió sangre de su sangre, buscando en las venas algún líquido con que apagar su sed.

Y, Sres. Diputados, ¿aun temeréis que nuestras leyes perturben las digestiones de los negros, cuando tantos crímenes no han perturbado sus conciencias? (*Aplausos.*)

Seguid, seguid ese calvario. Buscad el negro en la sociedad. ¿Puede haber sociedad donde se publican y se leen estos anuncios? ¿Les daría á leer estos periódicos de Cuba el Sr. Ministro de Ultramar á sus hijos? No puedo creerlo, no se los daría. Dicen: «Se venden dos yeguas de tiro, dos yeguas del Canadá; dos negras, hija y madre; las yeguas, juntas ó separadas; las negras, la hija y la madre, separadas ó juntas.» (*Sensación.*)

La pobre negra, que ha engendrado á su hijo en el dolor moral, que lo ha parido en el dolor físico, cuando ese hijo puede consolarla, una carta de juego, una bola de billar deciden de su suerte. Se juegan las negras, y muchas veces gana uno la madre y el otro la hija, y el juego separa lo que ha unido Dios y la naturaleza. Cuando vemos esto, buscamos sin encontrarlas ¡ay! la justicia humana y la justicia divina. El cielo y la conciencia nos parecen vacíos. El negro nace con la marca en la espalda, crece como

las bestias para el servicio y el regalo de otro; trabaja sin recoger el fruto de su trabajo; engendra esclavos: sólo es feliz cuando duerme, si sueña que es libre; y sólo es libre en el día de su muerte.

El suicidio es hoy, como en tiempos de Espartaco, el refugio de los esclavos. Hay años en que se suicidan en Cuba 400 esclavos. Señores Diputados, ¡qué horror!

Ahora bien: yo pregunto, para tranquilizar á los señores de enfrente, y oidme con atención, que esta parte de mi discurso es la más árida: ¿no hay medio de evitar todos estos males? ¿No los había mayores en otras naciones, y sin embargo, han tenido la audacia de abolir la esclavitud? Los dos males mayores que la abolición de la esclavitud trae, son: primero, la desproporción entre la raza negra y la raza blanca; segundo, el menosprecio en que á consecuencia de la esclavitud cae el trabajo. Yo os probaré que ninguno de estos males son temibles en nuestras Antillas. Allí hay desproporción entre la raza libre y la esclava, pero á favor de la raza libre. Y si no, examinad con calma los siguientes datos, que son exactos, porque yo los he fiado al archivo de mi exactísima memoria.

En Jamaica había 322.000 esclavos contra 20.000 libres; gran desproporción. En Barbada había 80.000 esclavos contra 14.000 libres. En la Antigua había 39.000 esclavos contra 10.000 libres. ¡Terrible y pavoroso problema, que, sin embargo, no impidió la resolución heroica de Inglaterra!

Señores, ¿cuántos libres y cuántos esclavos hay en Cuba? Por nuestro censo hay 300.000 esclavos y 700.000 libres: ¿cuántos esclavos y cuántos libres hay en Puerto Rico? Por nuestro censo, 40.000 esclavos y 350.000 libres. ¿Qué teméis? ¿Una insurrección de negros? Pues podéis descartar las mujeres, los niños, los impedidos y los esclavos domésticos, que suelen ser dulces en nuestras islas de Cuba y de Puerto Rico. ¿Cuántos esclavos, después de todo, temibles, os quedan en Puerto Rico? Os quedan 10.000, los 10.000 que cultivan el campo. Y ¿cuántos blancos, ó al menos cuántos libres, hay trabajando junto á los esclavos? Hay, Sres. Diputados, 70.000 hombres libres, que han tomado y pagado su cartilla de jornaleros. ¿Qué recelo, pues, podéis tener, cuando en Cuba el trabajo libre es igual, por lo menos, al trabajo esclavo, y en Puerto Rico el trabajo libre supera en mucho al trabajo esclavo?

Además, ha demostrado la estadística que á medida que ha desaparecido la esclavitud en Puerto Rico, ha aumentado la riqueza. ¿Cuánto era el comercio de la isla de Puerto Rico en el año de 1834? Era de 7 millones de pesos fuertes. ¿Y cuánto era el comercio de Puerto Rico en 1860? Era de 13 millones de pesos fuertes. La esclavitud había disminuído, la riqueza se había aumentado; luego la riqueza va en proporción inversa de la esclavitud.

Además, en Puerto Rico la propiedad se halla muy dividida; en Puerto Rico no hay grandes pro-

pietarios; en Puerto Rico existen frutos que se llaman mayores y menores, cuestión que ha dilucidado un publicista distinguidísimo, perteneciente á la fracción democrática, cuya ausencia en estos bancos ya he lamentado muchas veces, el Sr. D. Rafael María de Labra. Los frutos mayores, que exigen mayor trabajo, constituyen la décima parte de la riqueza.

Pues bien, señores: indudablemente por estos datos se deduce que no hay un peligro, ni político ni social, en la abolición inmediata, simultánea, de la esclavitud en Cuba y Puerto Rico.

¡Y la situación moral de Cuba y de Puerto Rico es verdaderamente horrible! La situación moral de Cuba y de Puerto Rico necesita un remedio radicalísimo. Y no hay otro remedio más que la abolición inmediata y simultánea de la servidumbre. La abolición inmediata y simultánea la pidieron los comisionados de Puerto Rico elegidos en tiempos reaccionarios, bajo la administración de Narváez. Los comisionados de Puerto Rico dieron un dictamen que será su honra, su gloria, dictamen que el porvenir colocará junto á la declaración de los derechos del hombre en el 4 de Agosto de 1789. Todos eran propietarios, y todos pedían la abolición inmediata y simultánea con organización del trabajo ó sin organización del trabajo, con indemnización ó sin indemnización. Yo me lamento de que, después de la revolución de Septiembre, ninguno de aquellos va-

rones se haya sentado en estos bancos. Yo no sé por qué no habrán venido aquí todos ellos, cuando tantos títulos tenían á la consideración de Puerto Rico y á la consideración de la patria.

Vinieron, decía, los comisionados de Puerto Rico y presentaron un luminoso informe, en el cual no sabemos qué admirar más, si la copia de noticias ó la abnegación sublime con que, siendo en su mayoría propietarios de esclavos, demandaban la abolición simultánea, inmediata, con plazo ó sin plazo, con indemnización ó sin indemnización. Allí recordaban que la esclavitud había sido la obra del derecho civil, y que su ruina debía provenir del derecho público. Efectivamente, así que el espíritu universal, humano de los estoicos penetró en el derecho antiguo, la esclavitud comenzó á vacilar sobre su base de crímenes. El derecho civil establece las relaciones particulares, y el derecho público las universales. No puede el interés privado sobreponerse al derecho humano.

Allí demostraban que no debía atribuirse exclusivamente á España la introducción de la esclavitud en América. Efectivamente, aquellos extranjeros que vinieron aquí con Carlos V á traernos el absolutismo cesáreo, fueron á Puerto Rico y Cuba á llevar la negra servidumbre. La codicia del oro, la ausencia del trabajo libre y el sistema prohibitivo acabaron de perpetrar y eternizar el crimen. Hoy no tiene más fundamento ese crimen que el miedo á la ruina

económica de la isla. Pero ni siquiera ese miedo puede aducirse válidamente en Puerto Rico. La raza esclava ha decrecido, y la libre se ha aumentado. Esta disminución del trabajo servil ha aumentado la prosperidad de la isla. Ante esta consideración caen hasta los argumentos de los utilitarios. Ante esta reflexión, comprobada por innumerables datos, no hay excusa. La necesidad obligaría al negro á trabajar, como obliga al blanco. ¿Puede, pues, correr peligro la riqueza? No. Aunque se resintiera un poco la producción del azúcar, el azúcar no es ni la sexta parte de la producción total de la isla. Y después de todas estas reflexiones, pedían la abolición inmediata y simultánea de la esclavitud.

Permitidme, Sres. Diputados, consagrarles á aquellos ilustres varones un elogio, al cual se asociará sin excepción en sus elevados sentimientos toda la Cámara. Desde la renuncia de los señores feudales á sus privilegios en la Constituyente francesa, no se ha vuelto á ver abnegación tan sublime. El patriciado colonial no ofrece en ninguna parte ese ejemplo, ese gran ejemplo.

Yo deploro que esos comisionados no hayan venido aquí; yo lo deploro desde lo más profundo de mi alma. No describirían ellos como un idilio la esclavitud; no darían por gran reforma el vientre libre y por un heroísmo digno de la epopeya la renuncia al fruto de ese vientre; no se burlarían ellos de la filantropía inglesa, que ha consagrado escuadras á la

abolición de la trata, y miles de millones á la abolición de la esclavitud; y no nos pedirían ellos á nosotros que para dar prueba de caridad, fuéramos á reemplazar á sus siervos y á sufrir sus latigazos en el ingenio, cuando nosotros podemos libertarlos á todos con nuestra palabra y nuestros votos.

Pero yo quisiera que algunos de los que defienden la abolición gradual me dijeran en qué punto del mundo la abolición ha podido ser gradual. Se ha intentado muchas veces, pero han tenido que convertirla en inmediata. Y vamos á la prueba, porque en los partidos conservadores y doctrinarios no hay argumentos tan fuertes como los argumentos de experiencia, los argumentos históricos.

Era, Sres. Diputados, contando por nuestro Calendario republicano, que también nosotros tenemos Calendario; era el 16 Pluvioso del año segundo de la República francesa. La Convención se hallaba reunida; aquella cúspide de la conciencia humana, donde todo era grande, el odio y el amor, como en las altas montañas son grandes las alturas y grandes los abismos. Un hombre, un esclavo, un negro, se había arrastrado desde el fondo de su ergástula hasta la cima de la Convención francesa. Era diputado, y encarándose á la Asamblea, le dijo: «Yo pertenezco á una raza sin conciencia, sin patria, sin hogar, sin dignidad, sin familia, y vengo á refugiarme, vengo á traer esa raza á la sombra de los derechos por vosotros tan admirablemente proclamados. Vuestros

derechos humanos (como se llamaba entonces á los derechos individuales), vuestros derechos humanos son mentira, vuestra libertad es mentira, vuestra igualdad es mentira, mientras consintáis la esclavitud de los negros.» Levasseur se levantó á apoyar aquella petición del esclavo. La Asamblea vaciló, como vacilan todos esos grandes cuerpos colectivos cuando van á pasar una de las líneas misteriosas que dividen los hemisferios del tiempo.

Lacroix dijo: «Es verdad; declarando la libertad de los franceses, nos hemos olvidado de la libertad de los negros, olvido que no por involuntario deja de ser criminal. Sólo podemos repararlo declarando ahora mismo la libertad de los negros.» La Asamblea volvió á vacilar, y entonces Lacroix gritó: «Pido á la Convención que no se deshonre prolongando este incomprensible debate.» Y se levantó Dantón, el hijo de la Enciclopedia, la personificación más genuina de su tiempo, el gigante de la idea y de la acción, la energía revolucionaria, la vida de un siglo condensada en una conciencia, el hombre que, como el Etna, llevaba en su frente el fuego que salía de las entrañas de su corazón, y el fuego que en aquella época tormentosa bajaba de las tempestades del cielo. Dantón dijo: «Vuestra libertad es una libertad egoísta mientras no la extendáis á todos los hombres. Extendedla, y entonces será humana. Pido, pues, que anunciemos al mundo la emancipación de todos los esclavos.» Los Diputados, magnetizados

con estos pensamientos, se levantaron como un solo hombre, y extendiendo los brazos al cielo como si quisieran tomar á Dios por testigo de su resolución, abolieron unánimes la esclavitud de los negros. Un grito jubiloso resonó en las tribunas. Este grito se comunicó á los alrededores de la Asamblea. Parecía que la conciencia humana respiraba al descargarse de un gran remordimiento, de un gran peso. Las puertas de la Convención se abrieron como si las agitara misteriosa mano. Los negros residentes en París invadieron el recinto y abrazaron llorando á sus redentores. Aunque la Convención hubiera cometido más crímenes, las lágrimas del paria redimido, del eterno Espartaco emancipado, del siervo hecho hombre; aquellas lágrimas que condensaban la gratitud de todas las generaciones venideras y la bendición de todas las generaciones muertas traspasadas por el clavo vil de la servidumbre, aquellas lágrimas bastaban á borrar todas las manchas de sangre. (*Aplausos.*)

Pero nos decía el Sr. Romero Robledo en tardes anteriores: «No olvidéis la catástrofe de Santo Domingo.» ¿Y qué es la catástrofe de Santo Domingo? ¿Pues hay argumento más valedero en favor de nuestra idea? ¿Puede darse apoyo más grande para el decreto de la inmediata abolición de la esclavitud? Atiéndame el Sr. Romero Robledo con su clara inteligencia, y reflexione un instante. En Santo Domingo existían 500.000 esclavos y 20.000 libres.

Los 20.000 libres vivían la vida muelle, ociosa, del patriciado colonial; los 500.000 vivían la vida indiferente y brutal de la servidumbre. Había entre aquellas dos razas otra intermedia, hija de los vicios de los blancos: había los mulatos. Sus padres no los vendían. Les daban riquezas, pero no dignidad ante las leyes ni ante las costumbres. Vino la revolución francesa; los negros no sintieron nada. Aquella tempestad no penetró en su pesada, en su bituminosa atmósfera. Los blancos se dividieron, decidiéndose unos por los Borbones, otros por la revolución. Los mulatos dijeron: «Esta es la hora de nuestra emancipación y de nuestra dignidad.» Varios comisionados fueron á París, y hablaron con Lafayette y con Mirabeau. Los amigos del género humano propusieron á la Constituyente este decreto: «Todos los hombres libres tendrán los mismos derechos civiles», y fué aprobado. Nada se habló de esclavitud. Este problema quedaba remitido al aliento de la Convención. ¿Sabéis cómo recibieron los blancos la igualdad de derechos con los mulatos, sus hijos? El decreto fué rasgado; los mulatos que pedían su cumplimiento, ahorcados; y el comisario de la Constituyente descuartizado, hecho cuatro pedazos, y cada uno de estos pedazos llevado á cada una de las cuatro principales ciudades de la isla. ¿Y qué sucedió? La guerra social, la más terrible, la más cruenta de las guerras. ¿Quién salvó á Santo Domingo, quién lo conservó para la república, para la Convención,

para la Francia? Los negros emancipados, sobre todo un negro, Louverture, á quien cierto célebre escritor sajón del siglo xix ha llamado guerrero más experimentado que Cromwell y político más eminente que Washington, colocándole sobre todas las glorias de su raza. Pero, Sres. Diputados, ¡desgracia de las desgracias! ¡La república murió! ¿Y qué sucedió después? Hubo un dictador que quiso levantar el altar y el trono, y este dictador, para libertarse del ejército republicano que tenía sobre el Rhin, lo envió á Santo Domingo á que, semejante á los ejércitos de Xerges, de Ciro y de Darío, restaurase la esclavitud, ¡él! que había vencido en cien campañas á los ecos del himno de la Marsellesa; ¡él! que había peleado por los pueblos y difundido las ideas humanitarias en las naciones; ¡él! que se creía de la legión eterna del progreso: ¡locuras de los déspotas!

Señores: Napoleón quiso poner sobre el altar y el trono, restaurados, dos ofrendas; y horrorizados, puso la restauración de la trata con la restauración de la esclavitud. Cuando Louverture vió las naves francesas, y supo que iban á cazar á los negros para encerrarlos en los ingenios y arrebatárles su libertad y su familia, se levantó y exclamó: «¡Hijos míos, la libertad que habíamos recibido de Dios, viene Francia á quitárnosla! Es nuestra propiedad, y no consentiremos que se nos despoje de ella. Defendedos; destruid las ciudades, talad las cosechas, incendiad los bosques, envenenad las fuentes, para que sepa el

mundo un día que el ejército que vino á quitarnos la libertad, vino también á traer en su lugar el infierno.»

¿Qué haríais vosotros? No sois hombres si no hiciérais lo mismo tratándose de vuestras mujeres, de vuestros hijos y de vuestros hermanos; de vuestro derecho á la honra, á la vida, á la dignidad. ¿Así se vuelve á encerrar el esclavo libre? ¿Qué significan si no los nombres de Daoiz y Velarde? ¿Qué significa si no Gerona y Zaragoza? Un día Luis XIV quiso dominar la Holanda: Guillermo de Orange mandó destruir los diques, y que la Holanda se sumergiese en el Océano. Moscow, Zaragoza, recuerdan suicidios sublimes de los pueblos. ¿Por qué consideráis éstas como acciones heroicas, y consideráis como crímenes las mismas acciones en los negros? No es posible olvidar tampoco cuánto había de delirio en el intento de restaurar la esclavitud. Si el incendio consumió los bosques; si la sangre tiñó las aguas; las ciudades fueron montones de cadáveres; si el ejército francés desapareció como un ejército de sombras en aquel abismo de horrores; si los perros ornados de cintas por las tiernas manos de las damas blancas, cazaron y comieron negros; si esas mismas damas, en su desolación y en su hambre, devoraron los perros que habían devorado á los negros, los perros engordados con carne humana, la culpa es de Napoleón, del que restauró el trono, el altar, la trata, la esclavitud; no bastante castigado en Santa Elena,

si la conciencia no le recordaba á cada minuto estos crímenes; no bastante castigado, si los millones de hombres que segó en pútridos campos de matanza para saciar su ambición, no le persiguen con sus alaridos en las regiones de la muerte, reparando con el azote de remordimientos infinitos los ultrajes hechos por la fuerza brutal á la conciencia humana.

Pero sé bien vuestro argumento. Vuestro argumento es: las razas latinas son revolucionarias; las razas sajonas, reformadoras, y el ejemplo que debemos seguir es el ejemplo de las razas sajonas. Yo, señores Diputados, declaro, confieso que las razas sajonas han hecho gradualmente, con especialidad en Europa, sus reformas. La reforma religiosa, por ejemplo, hablo de la reforma religiosa contemporánea, comenzó con O'Connell, y ha concluído con Gladstone; la reforma electoral comenzó con Russell y se perfeccionó con D'Israeli; la ley de cereales comenzó con Cobden y terminó con Peel. Pero ¡y la esclavitud! ¿Cuántos portentos hicieron los ingleses para conseguir su ley de abolición gradual? En la servidumbre hay dos crímenes: la trata y la esclavitud propiamente dicha. Se necesita destruir la trata y destruir la esclavitud. Treinta años se necesitaron para la primera reforma, que se propuso en 1793 y se realizó en 1823. El 15 de Mayo de 1832 se presentó el proyecto de abolición gradual; se trató de que los negros sirvieran como de aprendices, que criaran familia legítima, que reunieran algún pe-

queño peculio: se delineó así el boceto de su personalidad. Pero ¿qué ocurrió? Que fué imposible, completamente imposible, sostener aquella especie de transacción; y al año siguiente, en la misma fecha, fué declarada la abolición inmediata.

Inglaterra, esta nación que nosotros llamamos utilitaria y egoísta, Inglaterra consagró 2.000 millones de reales al rescate de sus esclavos. Su imperio se destruirá en el mundo, pero esta fecha de la historia inglesa y esta acción inmortal irán creciendo de día en día, y de siglo en siglo, á medida que crezca en ideas de justicia la conciencia universal.

Yo quiero presentaros otro ejemplo de un propósito decidido de realizar la abolición gradual, teniendo que concluir por establecer la abolición inmediata. Yo quiero presentaros, Sres. Diputados, el ejemplo de América.

Cuando la historia de la Edad Media concluía; cuando el mar comenzaba á ser nuestro por la brújula, y el tiempo nuestro por la imprenta, y el cielo nuestro por el telescopio, un hombre sublime, poeta, artista, sacerdote, Colón, desde una carabela, y más que desde una carabela, desde la nave de su fe, miraba los celajes del mundo con que soñaba su mente, y veía una luz incierta descubriéndole la tierra. Aquella luz que temblaba delante de Colón, era la estrella de un nuevo mundo, el cual se levantaba en los mares, como una segunda creación, para el hombre regenerado por la libertad y por el crecimiento

de su conciencia, necesitada de nuevos y más dilatados espacios.

Pero, señores, ¡cuán grande, cuán terrible será la esclavitud, cuando, á pesar de los horrores que encierra, se quedó como una raíz venenosa en América, en la tierra de la democracia! Los puritanos son los patriarcas de la libertad; ellos abren un nuevo mundo en la tierra; ellos abren un nuevo surco en la conciencia; ellos crean una nueva sociedad. Y sin embargo, cuando la Inglaterra quiso dominarlos, y vencieron, triunfó la república, pero quedó perenne la esclavitud. Washington no pudo hacer más que emancipar á sus negros. Franklin decía que los ingleses de Virginia no podían invocar el nombre de Dios, mientras tuvieran la esclavitud. Jay decía que todas las plegarias que enviaba al cielo América, pidiendo la conservación de la libertad, eran, mientras existiese la esclavitud, verdaderas blasfemias. Masón se entristecía y lloraba al contemplar cómo pagarían sus hijos este gran crimen de la patria. Jefferson trazó la línea donde debía estrellarse la negra ola de la servidumbre.

Sin embargo, Sres. Diputados, crecía, crecía y crecía la esclavitud. Yo quiero que os paréis un momento á considerar al hombre que lavó esa gran mancha, en la cual se perdían las estrellas del pabellón americano; yo quiero que os detengáis un momento, porque aquí se ha invocado su nombre, su nombre inmortal, para perpetuar la esclavitud. ¡Ah!



No tiene el siglo pasado, no tendrá el siglo del porvenir una figura tan grande, una figura igual, porque á medida que el mal se acaba, se acaba también el heroísmo. Yo he contemplado y he descrito su vida muchas veces. Engendrado en una cabaña de Kentucky, por padres que apenas sabían leer; nacido, nuevo Moisés, en la soledad del desierto, donde se forjan todos los grandes y tenaces pensamientos, como el desierto monótono, y sublimes como el desierto; criado entre esas selvas seculares, que con sus aromas envían una nube de incienso, y con sus ruidos otra nube de oraciones al cielo; navegante á los ocho años en las impetuosas corrientes del Ohio, y á los diez y siete en las extensas y tranquilas aguas del Mississipi; leñador más tarde, que con su hacha y su brazo derribaba los árboles inmortales, para abrir paso por regiones inexploradas á su tribu de trabajadores errantes; sin haber leído otro libro que la Biblia, el libro de los grandes dolores y de las grandes esperanzas, dictado muchas veces por los profetas al son de las cadenas arrastradas en Nínive y en Babilonia; hijo, en fin, de la naturaleza; por uno de esos milagros sólo comprensibles de los pueblos libres, peleó por la patria, y sus compañeros le elevaron al Congreso del Illinois; habló en el Congreso del Illinois, y sus comitentes lo elevaron al Congreso de Washington; habló en el Congreso de Washington, y su nación lo elevó á la presidencia de la República; y cuando el mal se enco-

naba; cuando aquellos Estados se descomponían; cuando los esclavistas lanzaban sus hurras de guerra y los esclavos el estertor de su desesperación, el leñador, el navegante, el hijo del gran Oeste, el descendiente de los kuákeros, humilde entre los humildes ante su conciencia, grande entre los grandes ante la historia, asciende al Capitolio, que es la mayor altura moral de nuestro tiempo; y sereno, fuerte con su idea, con su conciencia; teniendo enfrente los ejércitos más aguerridos de América; á la espalda, Europa, enemiga; Inglaterra inclinándose al Sur; Francia aperciéndose á la reacción de Méjico, y en sus manos la patria deshecha, arma 2 millones de hombres; reúne 525.000 caballos; hace andar á su artillería 1.200 millas en siete días, desde las orillas del Potomac hasta las orillas del Tennessee; empeña más de 600 batallas; renueva en Richmond las hazañas de Alejandro, de César, y después de haber emancipado 3 millones de esclavos, para que nada le faltase, muere en el momento mismo de su victoria; como Cristo, como Sócrates, como todos los redentores, al pie de su obra. ¡Su obra! ¡Obra sublime sobre la cual derramará eternamente la humanidad sus lágrimas, y Dios sus bendiciones! (*Aplausos.*)

Pero Lincoln, me diréis, intentó la emancipación gradual. Es verdad, y yo nunca ocultó la verdad.

Pero los privilegiados se cegaron, y se opusieron, como se cegarán aquí, como se opondrán aquí á toda

reforma radical y profunda. Y vino la abolición inmediata. Cuando un hombre de la sabiduría y la prudencia política de Abraham Lincoln apeló á medidas supremas, fué porque se convenció de que era imposible toda transacción, toda espera; de que las gradaciones no se compadecen con las reformas justicieras y humanitarias. Desde entonces, los Estados Unidos, después de haber convertido sus esclavos en hombres, se consagraron á convertir estos hombres en ciudadanos.

Y, señores, aquellos seres que no eran, como he dicho, ni siquiera hombres, hoy son más libres que los primeros, entre los hijos de Europa. Aquellos hombres que no podían aprender á leer, porque al atrevido que les entregaba un libro le mataban los señores de la América del Sur, hoy tienen innumerables escuelas. Aquellos hombres, que no podían dirigirse á Dios, porque así los sacerdotes católicos, como los sacerdotes protestantes, les decían que para ellos no había venido Cristo, puesto que eran de la raza maldita, de la raza de Cam, tienen hoy templos donde espaciar sus almas. Aquellos hombres, casi mulos de carga, tan desgraciados como los reptiles que se arrastran por el algodón y por la caña, son hombres libres, son ciudadanos americanos, se sientan en el Congreso y en el Senado de Washington. Los Estados Unidos no han querido reconocer como miembros de la federación á aquellos Estados que á su vez no han reconocido la libertad y la igualdad de los negros.

Me habláis de leyes excepcionales. Muchas habéis dado para sostener la influencia de los sacerdotes y la tiranía de los reyes. Os consiento excepciones si me presentáis 4 millones de bestias convertidas en 4 millones de hombres.

Pero repetís, y repetís siempre, que esa no es nuestra raza. ¡Siempre, siempre, Sres. Diputados, siempre el argumento fatal de la diferencia de raza! Hay, sin embargo, una parte de la raza latina en el mundo, á la cual si la consideran algunos tan grande ó más grande que la nuestra para llevar á cabo todas las obras sociales, todavía no he podido comprender, todavía no me ha convencido la historia de que esa parte de la raza latina sea superior á la española para plantear la libertad y arrojar de sí los males de la esclavitud.

Me refiero, Sres. Diputados, á la raza francesa: yo creo que tiene más apego al cesarismo, más instintos demagógicos, más culto al Estado que ningún otro pueblo: yo creo que Francia, que quiere la libertad, tiene los tres males de todos los pueblos latinos en más alto grado que nosotros. No quiero ofender á ningún pueblo, menos cuando voy á alabarle, y menos cuando es el pueblo francés, á quien admiro tanto.

En Francia vino la república en 1848. No sé por qué, permítasele este desahogo á mi corazón republicano, no sé por qué, siempre que hablo de alguna infamia, se mezcla á ella la palabra restauración, la

palabra monarquía, y siempre que hablo de libertad, siempre que hablo de alguna reforma, siempre que hablo de alguna idea grande, se mezcla esta palabra: república. Lo cierto es que la república del 48 hizo esta otra gran acción. Yo he visto el hombre que personificaba aquella gran república; yo he visto á Ledru Rollín en el destierro. Veinte años de desgracia no habían logrado encorvar su frente ni debilitar sus fuerzas; se parecía á la encina, bajo la cual pasan los huracanes y los siglos sin conmovérle. Y aquel hombre se me quejaba de ser muy duramente juzgado por sus contemporáneos, porque siempre, siempre, el mundo se apasiona de la victoria, y siempre se llama error, traición, torpeza, por los cortesanos de la fortuna, á la desgracia y á la derrota. Pero recuerdo que me dijo: «El 24 de Febrero de 1848 triunfó la república, y en 7 de Marzo se había reunido la Comisión que debía proponer la abolición de la esclavitud en Francia.»

¡Qué gloria para ellos! Y después de dos años se presenta aquí este proyecto. ¡Qué vergüenza para nosotros!

Allí hubo más oposición que aquí: yo quiero que me presentéis las exposiciones de Barcelona, de Santander, de Cádiz, de Sevilla, que protestan contra la abolición. Allí todas las ciudades mercantiles, todas protestaron. Yo quiero que me digáis qué propietario de negros ha venido aquí á sostener la necesidad de la esclavitud. Los propietarios de negros franceses

no cesaron de reclamar, ¿y qué sucedió? Que pedían plazos, que pedían la abolición gradual. En tiempo de Luis Felipe, en tiempo de la Casa de Orleans, nada se pudo lograr á favor de los esclavos, de los negros, como no se lograría aquí nada bajo la monarquía democrática. En vano Lamartine pronunció sus magníficos discursos; en vano Broglie presentó sus estudiadas Memorias; nada pudo conseguirse.

Pero ¿qué sucedió con la república? Los propietarios de negros querían preparación; no la hubo: querían indemnización previa; la tuvieron posterior: no se contentaban con 1.500 francos; aceptaron 500: creían que era necesario establecer los patronatos; no hubo patronatos: pedían la tutela perpetua para el negro; no hubo tutela de ninguna clase: dudaban, en fin, si los esclavos eran hombres, y se encontraron un día que eran sus iguales, que eran sus conciudadanos.

¿Y qué sucedió? En el período de la emancipación, alguna perturbación. ¿Acaso nos ha costado poco á nosotros la redención de la esclavitud de los blancos? Pero más tarde, hoy, ninguna; antes al contrario, la prosperidad y crecimiento de la riqueza, la paz, el orden, la raza blanca confundida con la raza negra, y todos bendiciendo el advenimiento de la república, y felices á la sombra de la misma ley.

Volved, señores, los ojos hacia lo que sucede en América. Yo no hubiera querido que en Cuba estallara insurrección: en mi sentido humano, en mi cri-